

UNA REFLEXIÓN INICIAL

Para realizar una reflexión que pueda realmente echar luz sobre todas aquellas cosas que realizamos a diario, sobre todo cuando las hacemos sin estar seguros del *por qué* o *para qué* las realizamos, hace falta ayudarnos de la filosofía. Pero no de una filosofía demasiado academicista que se aleja de la realidad del individuo común, no de una filosofía abstracta de extensos postulados y sin conexión con la vida real y cotidiana del hombre. La intención es incorporar la reflexión filosófica a nuestra cotidianidad, sacar la filosofía a la calle, meterla en las oficinas, asentarla en los hogares y acercarla a la tertulia del fin de semana.

La filosofía en nuestro tiempo parece haberse alejado de lo cotidiano, de lo frecuente o de lo común y se ha aislado solo en su función más teórica y especulativa, que nada tiene de malo siempre y cuando otorgue el lugar que corresponde a la dimensión que busca el sentido de las cosas y de la vida. De este modo, entendida como sabiduría, tal cual lo hicieron los primeros filósofos de la Antigüedad, la filosofía tiene puesto su acento en el conocimiento del mundo y de sí mismo. Desde siempre se ha tenido a la filosofía como un medio destacado para ayudar a reconocer la pregunta por el sentido de la vida, como también un camino seguro que orienta su respuesta.

Mi experiencia personal como académico de varios años, plasmada en distintas instituciones educativas, en diversos países y culturas, ha permitido darme cuenta de que la filosofía, al plantear las cuestiones más íntimas y esenciales del ser humano, puede ser una verdadera terapia para nuestras tristezas más profundas, para nuestros miedos más radicales o para aquellas interrogantes existenciales que la vida

sí o sí nos presenta. Pero para que así ocurra debemos hacer de la filosofía un saber amigable, claro y sencillo, que escape de postulados ininteligibles o de definiciones complejas y demasiado abstractas. Esta forma de hacer filosofía se la dejaremos a los filósofos de alto vuelo, a los académicos e investigadores; a nosotros nos interesa identificar la filosofía con la sabiduría más que con la especulación.

Al respecto, podemos señalar que existen dos tipos de filósofos: los especulativos, investigadores o especialistas, por una parte, y por la otra los que sin necesidad de un conocimiento superior o abstractivo se dedican a la reflexión a partir de la propia experiencia de vida, sobre todo a partir de aquellas vivencias que le son tremendamente inmediatas y familiares en orden a alcanzar la sabiduría de vida.

En consecuencia, nuestra reflexión pretende estar más cerca del filósofo-sabio que del filósofo-especulativo, ya que nos interesa acceder al significado vital que poseen las cosas y con ella la vida misma. Si bien es cierto la actividad del *filósofo-especulativo* es una tarea reservada solo a unos cuantos sujetos que explícitamente han querido dedicar su capacidad intelectual y su interés académico a investigar y profundizar acerca de los temas fundamentales que tocan y describen la existencia del hombre en el mundo, no sucede lo mismo con el *filósofo-sabio*, a quien hemos llamado así para mostrar a la persona común y corriente que desea alcanzar la sabiduría de vida reflexionando sobre los eventos y anhelos de vida que más le significan. Para este último, la reflexión filosófica especulativa o abstractiva no posee un interés particular en cuanto su objetivo se aleja de su interés inmediato que es la cotidianidad, es decir, la vida misma vivida en todo aquello que le sucede y que realiza libre y plenamente a cada instante.

El *filósofo-sabio* o el hombre de a pie no necesita devorar bibliotecas enteras ni navegar día y noche por la *web* consiguiendo artículos *ISI* para obtener resultados certeros sobre temas fundamentales que interpelan a diario la propia vida. La sabiduría que busca el *filósofo-sabio* (el ciudadano de a pie) no está necesariamente relacionada con el conocimiento de tipo especulativo cuanto con el experiencial, es decir,

logra llegar a esta sabiduría por las sendas que encuentra en su interior cuando se mira a sí mismo. Solo después de mirarnos a nosotros mismos estaremos en condición de dirigir nuestra mirada para reconocer al otro tal cual es y descifrar la realidad tal cual se nos presenta.

Lo dicho anteriormente no quita en absoluto que el *filósofo-sabio* pueda incursionar en cierta bibliografía que le puede ser útil para su objetivo. Sin embargo, lo destacable de esta sabiduría es que cualquiera puede acceder a este tipo de conocimiento; el único requisito es querer hacerlo y para ello hace falta tener las ganas de crecer interiormente y de elegir en conciencia el derrotero que cada día nuestra existencia recorre buscando satisfacer los anhelos más queridos.

Con esto no estamos diciendo que nuestra reflexión filosófica sobre la vida tenga que ser fácil, cómoda o superficial; por el contrario, bien sabemos que cuando la vida nos remece lo hace como solo ella sabe hacerlo y ante esta realidad más vale tener un par de palabras bien pensadas para enfrentarla o lo que es lo mismo una actitud templada para pararse frente a ella.

En el cometido por transparentar la realidad o por decir las cosas tal cual son, la filosofía desde sus inicios se sirve de su mejor arma: el cuestionamiento. Bien lo supo Sócrates –que vivió en la segunda mitad del siglo V a. C.–, quien puso en aprieto a sus coetáneos respondiendo a sus preguntas con más preguntas, lo que no solo terminó por fastidiar el buen ánimo con el que se inició el diálogo, sino que los obligó después de una cadena de preguntas, a llegar a un cuestionamiento más serio y difícil sobre el devenir de sus vidas.

Sócrates logró sortear entre los atenienses de su tiempo el natural rechazo a pensar en aquellas cosas que les eran poco atractivas, incluso en aquellas que creían triviales y obvias. Por medio de una peculiar técnica que consistía en preguntar a su interlocutor sobre una temática específica, Sócrates buscaba generar un debate sobre el cual aparecieran nuevos conceptos a partir de los cuales se podía hacer una comprensión más profunda sobre el mismo tema. Este método se conoce con el nombre de mayéutica, que procede de la palabra griega *maieutiké* que

significa partera o comadrona. Con este término, Sócrates pretende explicar cómo el arte de dar a luz a un bebé se puede replicar en el mismo hombre dando a luz al conocimiento y al alumbramiento de la verdad. La mayéutica como método de enseñanza e investigación busca por medio del diálogo que el mismo estudiante sea quien saque las conclusiones y llegue al conocimiento de la verdad.

En resumen, este sabio griego llevó a sus contertulios a ponerse frente a sí mismos a través del cuestionamiento de las propias ideas y de la dialéctica, lo que llevó casi de forma natural a que el razonamiento y el pensamiento crítico fueran objetivos clave en la ejecución de su método.

Es cierto, las preguntas pueden dejarnos sin aliento y no nos referimos solo al ámbito de la filosofía; si no recordemos el calibre de pregunta que puede realizar un niño pequeño cuando entra a la edad de los porqués. Esta duda insaciable del niño muestra de algún modo que el arte de filosofar es connatural a la especie humana. Por eso, la filosofía cuando la entendemos a partir de la realidad misma de las cosas, es decir, desde mi realidad y de mi entorno, nos lleva a “volver” a esa niñez “impertinente”, solo que esta vez con preguntas que generan más preguntas, lo que crea en nosotros una cierta angustia y desazón, porque no cabe duda de que nos resulta siempre más cómodo recibir respuestas que “complicarnos” con más preguntas.

Pero la filosofía se sostiene más con sus preguntas que con la formulación de respuestas. Tal vez por eso señala el filósofo español Fernando Savater que “a veces entender mejor lo que uno pregunta ya es casi una respuesta”; en este sentido, la filosofía es más “filosofía” cuando pregunta que cuando responde. Preguntar nos exige estar despiertos, nos facilita la curiosidad por conocer las cosas de verdad, no como aparecen o como nos dicen que son. Savater insiste en que “la pregunta nunca puede nacer de la pura ignorancia” y tiene razón, pues nadie pregunta de algo que no conoce en absoluto. El inicio de toda interrogante está en saber que es posible preguntarse sobre aquello que se nos presenta como existente.

Preguntar con la idea de profundizar y entender aquello por lo cual se duda, nos sitúa en un plano superior, nos pone sobre un estrado desde el cual nos cuestionamos sobre lo conocido y lo familiar; sobre aquello que vivimos desde hace mucho tiempo como una “dulce” rutina, pero que jamás hemos pensado que tal vez podría ser una rutina diferente o una rutina interiorizada conscientemente. Así lo comprendió el filósofo y escritor hindú Rabindranath Tagore al afirmar que “hacer preguntas es prueba de que se piensa”. Y, si de pensar se trata, Rudyard Kipling, escritor británico y autor de la obra *The Jungle Book* (*El libro de la selva*, 1894), declaró lo siguiente: “seis honrados servidores me enseñaron cuanto sé: cómo, cuándo, dónde, qué, quién y por qué”. Estos son los interrogantes básicos para comenzar a explorar el mundo.

Cuando tomamos en serio el valor que tiene la palabra en su función interpeladora, se revela ante nosotros la realidad del mundo y de las cosas tal cual son. La intención de reconocer esa realidad implica en nosotros una honestidad intelectual que nos pone muy por encima de los animales, ya que estos solo pueden “conocer” las cosas de su entorno próximo pero no saben ni la naturaleza de las mismas, ni el sentido que puedan tener ni menos aún son capaces de conocer que conocen. En cierto sentido, podemos afirmar que tenemos una necesidad innata de conocer el mundo para interpretarlo y dotarlo de sentido; la razón de semejante necesidad tiene una explicación: no queremos vivir engañados. Pero paradójicamente —a pesar de esta “necesidad innata”— por doquier nos engañan o intentan engañarnos o lo que es peor a veces nos engañamos a nosotros mismos.



LA REALIDAD EN VAGONES

Son tantos los años que llevamos levantándonos a la misma hora, desayunando casi lo mismo, poniéndonos una corbata, una chaqueta, subiéndonos al auto, a la bicicleta o al metro, llegando a la oficina, al trabajo, a la universidad para luego volver a casa repitiendo el mismo trayecto, viendo a la misma gente, estrechando las mismas manos y comprando en el mismo supermercado sin preguntarnos cuál es la razón de ser de todo aquello que realizamos. La inercia de los días y de las horas nos lleva a realizarlas casi mecánicamente sin ver más allá del “mecanismo” que las mueve o *para qué* las mueve, subrayando que no es mala la rutina *per se*, sino solo cuando no reflexionamos sobre su utilidad y beneficio.

Pero, ¿no podría ser distinta la vida que llevamos?, ¿no será necesario dar un giro a todo lo que hacemos, dar un golpe de mesa, cambiar de raíz lo que tenemos por rutina? o ¿mirar desde una nueva perspectiva esta misma rutina para sentirla como propia, como un pedazo de lo que somos y de lo que queremos? Nos pueden parecer preguntas radicales, pero también pudiese ser la fórmula para que mi rutina sea algo escogida por mí y no impuesta por nadie; para que mi opinión sea realmente mía y no la reproducción de un conductor de noticias o la de un opinólogo de turno.

El comenzar a pensar seriamente sobre las cosas que realizamos cada día o sobre aquellas que nos suceden, nos debería poner inicialmente en una situación incómoda, tal vez de sorpresa o de cierta incertidumbre frente a la misma realidad del día a día que ahora comenzamos a mirar de distinta manera. Se trata de una incomodidad inicial que es el requisito para vencer la apatía frente al cuestionamiento. Con razón

Sócrates enseñaba a sus alumnos que una vida en la que no es posible cuestionarse o preguntarse por lo que pasa o sucede con ella, es una vida indigna de ser vivida.

Ayudémonos de un ejemplo. Tomemos el metro de la ciudad para graficar esta urgencia de pensar y entender las cosas tal cual son. Si no queremos ir a dar a una estación que no es la nuestra, debemos estar claros cuál es la nuestra.

Cuando se hace un viaje en el tren subterráneo en hora punta y se logra tener el privilegio de ir cómodamente sentado, en tanto el resto de pasajeros va de pie resignado a la suerte de cada tarde, puede resultar extremadamente incómodo tener que incorporarse para bajar en la próxima estación especialmente cuando el tren parece una lata de sardina.

Dejar la “pasividad” alcanzada en el asiento para comenzar la gran batalla de atravesar aquel paredón humano, requiere de una clara decisión de no querer permanecer en el tren más allá de lo que hemos decidido hacerlo. Si no tomamos la decisión de que así sea, corremos el grave peligro de bajarnos en una estación que no es la nuestra. No es fácil salir de nuestra comodidad, pero la decisión está tomada y hay que comenzar a acercarse a las puertas del tren subterráneo: hay razones muy poderosas por las cuales no puedo ni debo quedarme sentado en ese lugar. Al iniciar la “gran batalla” nos damos cuenta de que *Los juegos del hambre*, *Sinsajo* o *La tormenta perfecta*, son solo películas, la vida real está dentro de estos vagones: pedir permiso a un pasajero que está como un ropero impávido en medio del pasillo, preguntar al muchacho con los audífonos encendidos –compartiendo música a los demás– si baja en la siguiente estación o no, o pedir disculpas por tironear con el bolso un grueso abrigo mientras se intenta pasar, no es una escena que alguien quisiera repetir al día siguiente...

Como si eso no bastase se reciben empujones, miradas de desprecio y hasta ademanes de amenaza, por describir solo lo más “honroso” que acontece en ese lugar. La verdad es que descender en la estación que nosotros queremos bajar y no en otra, es mucho más significativo que

permanecer plácidamente sentado para evitar el desagrado de caminar hasta las puertas del tren subterráneo.

Sin embargo, cuando bajamos en nuestra estación –como sobrevivientes de un naufragio–, nos damos cuenta de que valió la pena la decisión de renunciar a la comodidad y de ejecutarla con valentía. Solo entonces se siente que nos hemos quitado un peso de encima. Algo similar sucede cuando tomamos la decisión de comenzar a pensar la vida por nosotros mismos. Así, vemos que para lograr la felicidad no solo hay que reír, también es necesario afrontar el desagrado, el sacrificio, lo incómodo y lo que aparentemente pareciera alejarnos de ella. La consecuencia inmediata de esta decisión se expresa en la forma de razonar sobre lo que hacemos o decidimos hacer. Surge en nosotros una sensación nueva, una experiencia que nos permite ver las mismas cosas de antes como eventos significativos y cargados de sentido. Ya nada es igual. Todo nos habla de un proyecto de vida en el que nuestras acciones son las manos con las que se construye ese ideal y nuestra libertad la tinta con la cual se firma su autoría. Hablamos de la fuerza de cambio y decisión de nuestro carácter.

Así, pues, el *por qué* y el *para qué* son las herramientas estrellas con las cuales la filosofía nos pone frente a nosotros mismos, para dejar de hacer solo cosas y comenzar a pensarlas. Discernir nuestra realidad es una tarea ardua y lejos de ser espontánea nadie lo hará por nosotros, como nadie nos tomará en andas para bajarnos del tren en la estación correcta.

A veces, el vértigo de ir y venir, de hacer y más hacer, nos ha robado algo de tiempo para reflexionar en las maravillas que están alrededor nuestro y que no somos capaces de reconocer. Con el pasar de los días permitimos que hechos y personas circulen junto a nosotros como lo hacen los números en una calculadora o las palabras en un procesador de texto; no advertimos el valor tan singular que cada cual guarda como un don para entregar al otro.

En ocasiones, la irreflexión o el descuido de no habernos detenido a tiempo para reconocer lo extraordinario de ciertos eventos que nos

sucedan o para apreciar la grandeza de las personas con las cuales nos hemos cruzado alguna vez, ha hecho perder la oportunidad de crecer un poco más como personas y desteñir el grado de felicidad que hay en ello. Cuántas veces hemos escuchado que *no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos*. Aunque también debemos reconocer que *nunca es tarde* para estimar, amar o perdonar..., si se tiene el valor de reconocerlo. No cabe duda de que las expresiones populares son verdaderas lecciones de vida que nacen de una experiencia madurada y pensada al alero de una filosofía “callejera”.

Tal vez el torbellino de una actividad frenética cualquiera que consideramos muy importante para nuestra existencia, termina absorbiendo los mejores momentos de nuestro tiempo y de nuestro buen ánimo, por la sencilla razón de que nunca nos hemos detenido a pensar qué es realmente importante y qué lo urgente. A veces ofrecemos una cara triste y aburrida frente a eventos que nos piden lo contrario.

Con este vivir volcados casi exclusivamente hacia afuera, corremos el riesgo de ser despojados de la razón por la cual ocupamos un lugar en el mundo. Nuestro sitio en el mundo no es un escaño en la ONU o en el Parlamento, que cuando queda vacío es ocupado por otro. No. Nuestra vida personal no tiene reemplazante alguno, nuestra existencia es nuestra y de nadie más; por lo mismo, nadie puede vivirla por nosotros, ni para bien ni para mal. Vivimos no solo porque un par de pulmones se llenan de oxígeno cada vez que respiramos, o porque el corazón no deja de palpar aun cuando dormimos. Nuestra existencia como personas insertas en un mundo globalizado, posee razones mayores y más nobles a las meramente biológicas, que dan razón al por qué de nuestra vida.

Por lo mismo, lo que más vale en nosotros no es lo que otros hacen o dejan de hacer. No somos menos como persona porque nuestro compañero es un periodista del *New York Time* y nosotros somos *cuentacuentos* en una biblioteca pública, ni nuestra valía individual se desmorona cada vez que alguien del entorno consigue un éxito sobresaliente; ni qué decir por pertenecer o no a un cierto estatus

social, cultural o religioso. El verdadero valor de algo o de alguien se mide en el corazón del hombre y en su capacidad de depositarlo en lo que hace y en su relación con los demás. Si voy de camino a un lugar lejano, o si acaso regreso al lugar de origen o sencillamente decido tomar un café con quien nunca lo he tomado, de manera libre (consciente del *por qué* y el *para qué* lo hago), entonces aquellos hechos adquieren un valor que quizás los demás no comprendan, pero que para nosotros significan mucho. En definitiva, no puede tener más valor el ser abogado, montañista o profesor que el ser hombre o mujer.

Muchas veces se ha dicho que el hombre es lo que ama o busca. Por tanto, no nos equivoquemos, si buscamos el éxito por el éxito al final no hay nada, solo y únicamente “éxito”; si se busca llegar a la cima por la cima, cuando se esté ahí se estará ciertamente más alto que los demás, pero también más solo. Es obvio que con esto no pretendemos afirmar que el éxito y la cima sean en sí mismos perversos o malos. Nada parecido. Por el contrario, lo que intentamos es suscitar una reflexión seria en torno a estos temas que comprometen nuestra felicidad.